BIBLIOGRAFIA

LIBROS

HISTORIA DE LA MUSICA, por el doctor Johannes Wolf, Barcelona.

Wolf es un musicólogo alemán de gran prestigio. Nacido en Berlín, en 1869, ha dedicado toda su vida a investigaciones musicales del mayor interés, obteniendo en 1908 la cátedra de Historia de la Música en la Universidad de Berlín, más el cargo de bibliotecario y conservador de colecciones antiguas de Música de la Biblioteca Nacional de Prusia. Entre sus numerosas publicaciones figura el libro que reseñamos, en el que el ilustre musicólogo ha querido dar el mayor número de datos dentro del menor espacio posible. No es cosa fácil escribir una historia tan complicada como la de la Música en pocas páginas. Porque hay que tener en cuenta que esta obra se subdivide en tres libros: el primero es la parte histórica de Wolf, el segundo es un estudio crítico de la música española de Higinio Anglés, y, en cuanto al tercero, forma una interesantísima colección de ejemplos musicales, desde el siglo XIII al XIX.

Como todas las historias de la Música, la de Wolf comienza muy bien. Los orígenes del arte, la civilización griega, el canto litúrgico y la polifonía, están tratados magistralmente, sin que esto quiera decir que estemos completamente de acuerdo con el sabio alemán, sobre todo en la parte griega, que cada autor enfoca de manera diferente. Desde el canto litúrgico hasta la formación del contrapunto, es decir, el período denominado Edad Media, es algo confuso, lo mismo en Wolf que en los demás historiadores. La solmisación, los exacordes, las «manos enigmáticas», el período evolutivo de la notación, son cuestiones a resolver aún. Desde la polifonía hasta el siglo XVIII muestra el ilustre musicólogo su profundo saber, si bien, la escritura se hace densa, por la repetición de los mismos nombres, al recorrer los diferentes géneros musicales. Aparte de Alemania (que forma el centro principal de la obra), Italia y Francia, Wolf concede especial atención a Inglaterra, descuidando otras naciones, entre ellas España.

Precisamente a causa de este olvido, Higinio Anglés ha escrito, a modo de complemento, un estudio crítico de la música española, que sirve de orientación al lector. Se ve, desde luego, que Anglés domina la música polifónica de España, a juzgar por sus acertadas opiniones, al recorrer la polifonía de Cataluña, Valencia, Andalucía y Castilla, cuyo glorioso representante es Victoria. Por todo ello se comprenderá que el interés de esta parte del libro se concentra en los siglos XV y XVI. Después el interés decae, hasta el punto de que el siglo XIX sólo consta de una página.

La colección de ejemplos musicales es magnífica, constituyendo ella sola una verdadera historia de la Música, en la que el lector puede seguir paso a paso la transformación del canto homófono, desde la bárbara diafonía del siglo XIII al arte organizado del siglo XIX. Además, los ejemplos están seleccionados de tal forma que presentan trozos y piezas escogidos entre los tecas. Tal es el interesante libro de manuscritos menos conocidos de los que se conservan en archivos y biblio-Wolf.

PHANOMENOLOGIE UND METAPHYSIK. DAS PROBLEM DES RELATIVISMUS UND SEINER UEBERWINDUNG, por Arnold Metzger.

De Filosofía, en el sentido estricto de la palabra, sólo se puede hablar si se trata de juicios sobre realidades. Por eso mismo, la cuestión sobre el camino hacia éstas, ha existido en todos los tiempos que fueron conscientes de la especulación filosófica en su sentido propio. Por muy diferente que se ofrezca a nuestra vista el pensamiento de hoy día, todavía esta cuestión está sobre el tapete; es una de las propiedades del pensamiento moderno el que toda filosofía deje entrever la desolación por el camino perdido hacia las realidades, y por otra parte, el esfuerzo de volver a encontrarlo.

El título de la presente obra induce a equivocaciones. Se podría esperar un análisis

de las relaciones entre la Fenomenología y la Metafísica, imposible ya por el carácter del pensamiento fenomenológico. Se trata, desde luego, de una tentativa para demostrar el cómo la Fenomenología intenta encontrar el acceso a las cosas. Pero, no se trata de un trabajo dogmático donde se defendiera el punto de vista de una escuela o tendencia determinada. La cuestión es más difícil y más profunda, tratándose del mismo camino hacia la realidad. Este no se persigue de manera sistemática, entendiendo por sistemática la especulación abstracta acerca de las relaciones entre sujeto y objeto. Por lo tanto, no se trata de probar por medio de la teoría del conocimiento unos llamados hechos apriorísticos. Tampoco es el caso de un trabajo de las ciencias espirituales en cuanto por ello se entiende una colección de conocimientos adquiridos por medio de las ciencias espirituales, como se han encontrado en el curso de la Historia.

El estudio es filosófico en el sentido estricto de la palabra, aunque el camino hacia las cosas, indicado por el autor, no sea nuevo. Pero tan escondido estaba por la tendencia positivista del pensamiento, que con razón se puede hablar de una resurrección. No por eso es menor el mérito del estudio. La tesis fundamental es la de que el sujeto dentro del hombre es el portador de la Historia, o que la Historia forma parte integrante de la verdad. Por eso hay que conocer primero la fenomenología, siendo ella quien con más agudeza columbra el problema filosófico dentro de su posición histórica. Forma parte de esta exposición la discusión del sistema atacado por la Fenomenología; es decir, del relativismo filosófico. La posición filosófica de la Fenomenología ofrece la posibilidad de analizar histórica y sistemáticamente el problema del camino hacia las realidades.

Nos es imposible extendernos acerca de la amplitud de temas de este libro. Tampoco podemos enumerar los problemas tratados teniendo que contentarnos con sugerir que la lectura de esta obra arrojará nueva luz sobre la Historia del pensamiento moderno. El problema en sí envuelve las dificultades de entenderlo, pero su exposición está hecha con máximo esmero.

EL ULTIMO LIBRO DE MONCKEBERG, por Gregorio Marañón. Con verdadera satisfacción escribo estas líneas de presentación al público médico español del último libro del gran ginecólogo y médico chileno. Aún no hemos olvidado sus amigos de España la lección admirable que pronunció en la Facultad de Medicina de Madrid, hace ya muchos años. Pocas veces se reunen, en efecto, como en él la claridad latina con el rigor didáctico y científico de estirpe germánica, centroeuropea. Y sus libros no son sino la muestra permanente, y aun superada, de estas mismas cualidades. Por lo común, los grandes maestros de la palabra propenden a divagar y difuminarse cuando escriben. Y la inversa es igualmente cierta: los grandes escritores poseen una palabra hablada obscura y vacilante. En Monckeberg, ambos medios de expresión tienen idéntica fuerza e idéntica diafanidad.

Acaso encuentre algún lector, incongruente el que un patólogo general se decida a hablar de una obra obstétrica. Pero lo hago desde el plano del que no sabe bien una cosa y la quiere saber. Juzgo, pues, de abajo arriba y no desde la altura de una competencia superior. Y es posible que sea ésta—ya lo he dicho en otra ocasión—la posición más exacta para juzgar. Sobre todo, para juzgar, a un maestro. Porque el maestro auténtico se advierte, ante todo, en su afán de ponerse en el justo nivel de sus discípulos y no en el de elevarse a la altura de las autoridades. Quiere quedar él detrás de lo que dice y no destacar su personalidad sobre las cosas. Es, en suma, la actitud del maestro, fundamentalmente, una actitud de desprendimiento y de renuncia de la propia personalidad. Y, sin embargo, al cabo del tiempo, la figura del maestro verdadero subsiste desde su penumbra, cuando las hipótesis y las ideas se han ido apagando y olvidando. Así, nuestro autor.

Hay en su libro dos capítulos generales cuyo interés quiero descartar: los dedicados a «La educación de la mujer y la protección social de la madre, como factores de la Eugenesia» y a la «Natalidad e intelectualidad». Luce en ellos, Monckeberg, su cultura general y su recta posición ética compatible con la anchura de criterio, que sólo pueden alcanzar los que están tan cerca como él, del **material humano sin prejuicios**—el enfermo,—cuyo dolor todo lo explica.

Los demás capítulos, hasta 26, se refieren a problemas estrictamente obstétricos o de medicina gravídica. Séame permitido recomendar los titulados «El problema de la herencia sifilítica ante la clínica», «Nefropatías en la gestación», «Embarazos imaginarios, aparentes y simulados». «Albuminurias del embarazo», «Diabetes y embarazos», «De las infecciones en el embarazo», etc.

La edición de este gran libro es digna del texto y honra a la editorial Nascimento.

LA SAETA EN EL CIELO, por Edgardo Garrido Merino. Madrid. Se ha señalado reiteradamente la existencia en todos los idiomas de monumentos literarios que, pese a su valor relevante, permanecen olvidados, por cuanto su significación transcendente no rebasa el reducido sector culto o erudito, quedando así sin ejercer en las masas el influjo espiritual que de otra manera desarrollarían. Acaso no haya país donde tal realidad adquiera una manifestación tan patente como España, cuyo tesoro literario de los tiempos medioevales en que se formaba el habla, y de los posteriores del siglo de oro en que adquirió su plenitud, es en gran parte a todas luces desconocido.

Y se explicaría un tanto que las que han sido proclamadas máximas concepciones del arte literario no encontraran ahora el eco

merecido cuando ello fuera motivado por disparidad de ambiente y psicología. Que aquí aquí en España no se difunda el **Ramayana** es hasta cierto punto natural. Pero no lo es que resulten igualmente ignoradas aquellas otras producciones consustantivas con el alma y el suelo nacionales, en las que refléjanse las determinantes de la raza, las glorias del pasado y las características costumbristas vernáculas y, sin embargo, conturba ver cuánta labor de los místicos españoles, cuántas obras de los exploradores, cuántos libros debidos a ingenios admirables en otros órdenes y géneros van cayendo en la mayor indiferencia, según transcurren los años.

Si no fuera por el entusiasmo de algunos autores y editores, la tarea reivindicadora que en tal sentido se necesita con toda perentoriedad no tendría hoy siquiera una manifestación modesta, aunque decidida. De aquí que tan dignas de encomio sean esas aportaciones esporádicas que se observan alentadas por un loable anhelo de alumbrar al culto presente aquellas grandes creaciones que, pese a esa importancia, persisten apartadas del mismo.

Con **La Saeta en el Cielo**, nueva obra del joven e ilustre escritor chileno don Edgardo Garrido Merino, que acaba de publicar Espasa-Calpe, S. A., ofrécese un excelente tributo en ese orden de referencia. Libro destinado a renovar los ditirambos críticos que suscitaron sus obras precedentes—la colección de cuentos **El Barco Inmóvil** y la gran novela de exaltación españolista **El Hombre en la Montaña**—constituye una como humanización de **Las cantigas de Santa María**, por Alfonso **El sabio**, «fuente maravillosa de acendrado lirismo, el más notable legendario poético de la Edad Media», según proclama el autor; «Biblia estética del siglo XIII», como lo diputara el gran Menéndez Pelayo. Sin duda alguna, las **Cantigas** constituyen una de las creaciones más admirabes del arte literario de la época, denotadoras de una fértil vena humanística y de singular temperamento; creación que se prestaba—bien que exigiendo para ello intensa y amorosa labor—a esa interpretación que de la misma ha hecho Garrido Merino, quien dióse a su estudio con ese entusiasmo en él característico. Largas horas permaneció en la silente biblioteca escurialense—de la que el códice originario es presea tan valiosa—consagrado a leer el texto galaicoportugués de las rítmicas estrofas, embebiendo su simbolismo ideológico, más transcendente de lo que al pront denota la fábula. Y resultado de ello y de posteriores jornadas es este libro que va a realizar el meritísimo tributo iniciador de una gran corriente de simpatía hacia el gran monumento literario medioeval.

La Saeta en el cielo comprende sólo una parte de **Las cantigas**, por cuanto el autor ha elegido una decena de leyendas, de las más variadas y características por su asunto, las cuales ha glosado dándolas forma admirable. «Inspirándose en motivos aislados de los milagros más relevantes—expone el autor en las páginas liminares de la obra—he creado en torno de ellos la fábula, los personajes y la acción dramática, procurando resucitar con la mayor exactitud el ambiente de la época y los escenarios. Cada milagro fué para mí como una semilla que ha germinado en la imaginación, floreciendo después con renovada vitalidad. Humanizar en nuestro aire contemporáneo las **cantigas** ha sido mi intento al trazar estas estampas».

Estas primeras estampas, que ofrécense como característica reconstrucción de la época, están todas ellas a cual mejor escritas, mediante la gran cultura, el brillante estilo y el **Savoir Faire** peculiares de Garrido Merino, quien dijérase insuperable exégeta del gran caudal de filosofía y de conocimiento de la vida que reflejó en **Las cantigas** Alfonso X. He aquí como se titulan las narraciones siguientes a la primera que dá rótulo al volumen: El juglar de la Virgen; La «pasarinha» de oro; El escudero burlado; La monja de las manos de plata; El arca sobre el mar; La sortija de cristal: El divino cauterio; La madona de Monte-Senario y El sillar de Vila-Sirga.

VIE DE JOACHIM BELLAY, por F. Ambriére, París. Bellísimo libro éste de Francis Ambriére, «Vie de Joachim Bellay, que viene a ser una protesta contra el lamentable género introducido de pocos años a esta parte, y principalmente por Ludwig, de las biografías noveladas.

Hénos ante una obra de carácter clásico y tipo documental, un término medio entre la erudición germánica y la amenidad francesa, donde nada falta para ofrecer en toda su grandeza, circuída de un ambiente propio y genuino, la vida de un grande hombre. Al fin las aguas volverán a su antiguo cauce y lo híbrido será desterrado, quedando la narración de aquellas existencias que pueden servir de modelo a la humanidad libres de patrañas y fantasías. Porque la obra biográfica pertenece a la historia, y no a la novela, y más que fruto de la imaginación, es trabajo de la documentación y de la investigación.

Du Bellay es un poeta que difícilmente halla comparación en nuestro Parnaso. Sería preciso fundir en uno a Jorge Manrique, a Gutierre de Cetina y a Francisco de la Torre para darnos idea de la poesía austera y delicada (tal como su vida) del gran cantor de la Pléyade.

Como ellos, su poesía ha sobrevivido a los combates del tiempo y a las veleidades de la moda. Más fino, más sensible, más melancólico, menos pagano que su compañero Ronsard, y así, más de acuerdo con el cristianismo de su época, Du Bellay se desprende de Horacio y de Anacreonte y da de lado la farragosa erudición mitológica para buscar el vaso de esencias sirias de sus versos dentro de sí. Ronsard, cierto, despliega más pujanza, más sensualidad. Ambos se inspiran frecuentemente en el Petrarca y el Ariosto; empero los sonetos de «Oliva», anteriores a los «Amores» de Casandra, se impregnan de espíritu religioso y por ello el final de los amantes es bien distinto.

El poeta anjevino, así, nos resulta hoy, exento de los mil tópicos de la gentilidad, más familiar y moderno, más natural e íntimo, y nos produce gusto y regusto muy diferente al plástico y objetivo de Ronsard. Este reconcentramiento, esta inquietud lírica tan de hoy, nos mueve a dar por resuelta la pregunta de Guillaume Colletet de que, si du Bellay no hubiese fallecido a los treinta y siete años, «no habría vuelto dudosa la palma entre él y el gran Ronsard, y habría ganado sobre aquél el glorioso renombre de príncipe de los poetas de su siglo».

La poesía de du Bellay es al modo de la música de Mozart, con su misma exquisitez y suprema gracia. No cuida de las trompas épicas ni se preocupa de la inmortalidad; no rinde culto al pasado, sino atiende a lo real y fluye personal y serena, con un acento elegíaco originalísimo e inconfundible. Poesía de confidencia íntima, de recuerdos, de dulces querellas y de desazones cordiales.

Estudiante todavía, abandona sus cursos universitarios para seguir a su primo el cardenal du Bellay, que marcha a Roma con una misión de Enrique II ante la corte pontificia. Enamorado de la Ciudad Eterna, reside allí cuatro años, busca a los doctos, asiste a las academias literarias, y, entregado por completo a las musas, compone infinidad de versos y en especial dos obras fundamentales, sus **Antiquités**, que han de inspirar a Edmundo Spencer, a Quevedo y Rodrigo Caro, y sus **Regrets**, acogidos en Francia y en Inglaterra con gran aplauso.

Roma le llena de emoción, le sobrecoge. El espectáculo de sus ruinas, la excelsitud desvanecida de su antigua gloria, el tiempo que lima las medallas, el Tíber que sólo queda como testigo, tradúcense en su alma en acentos de una gravedad varonil y triste, de extraño poder de sugestión. Allí es el filósofo que aprende, melancolizando, el sentimiento de lo efímero de la vida humana frente a la persistencia de lo firme de las cosas. A veces, por entre sus estrofas, vaga la imagen de Propercio. Y abismándose más y más en este sueño de polvo y de siglos, la prosaica vida diaria le pesa. Quisiera aliviarse de su cargo de intendente. Rememora sus años apacibles de escolar. Siente que la vida se le huye y la gloria se le escapa y que corren los días sin dejar huellas de su paso:

Moi, chétif, cependant, loin des yent de (mon Prince,
Je viellis malhereux en étrange province,
Fuyant la pauvreté, mais las ne fuyant pas
Les regrets, les ennuis, le travail et la peine
Le tardif repentir d'une espérance vaine
Et l'importun souci qui me suit pas a pas...

La «saudade» le va ganando por la mano. Se le aparece su dulce ciudad de Anjou, las blancas casas de su pueblo bajo la luz del mediodía, coronadas por el humo; y un ansia de volver le oprime el corazón. Siguiendo un poema de Andrés Navagero, se transforma en aventador de trigo, y pide a los vientos que soplen ligeramente sobre el grano, a cambio de una ofrenda de rosas y violetas:

A vous, troupe légère
Qui d'aile passagere
Par le monde volez,
Et d'un siflant murmure
L'ombrageuse verdure
Doucement ébranlez...
De votre douce haleine,
Eventez cette plaine,
Eventez ce séjour,
Cependant que j'ahanne
A mon blé que je vanne
A la chaleur du jour.

Las 204 páginas del libro de Ambriére constituyen el homenaje más fervoroso que podría apetecerse en honor del poeta que anhelaba hacer su lengua (y lo hubo de conseguir) «perfecta en toda elegancia y venustitud de palabras», tal como entre nosotros fray Luis de León.—**Luis Astrana Marín.**

THE FEAR OF THE DEATH IN PRIMITIVE RELIGION, por James George Frazer, Londres.

El origen de este libro son unas lecturas pronunciadas en la Fundación Guillermo Wyse, del Trinity College de la Universidad de Cambridge, durante el curso pasado, por J. G. Frázer. Advierte el autor en la introducción a su obra que tuvo el propósito de ampliar su trabajo sobre estos textos que le sirvieron para sus lecturas; antes de publicarlos; de darles una mayor unidad y distribuirlos, en fin, de otra forma, con tendencia a llevar a cabo un estudio más completo sobre el temor a la muerte en las religiones primitivas. Una serie de razones le hizo desistir de este propósito, y con ligeras variantes su libro es el texto impreso de aquellas conferencias; con lo cual quién sabe sí, a juzgar por lo ofrecido, no nos ha hurtado a todos una buena fuente de conocimiento sobre dicha materia. No conozco obras más considerables de Frázer, como su estudio sobre la magia y el fenómeno religioso «The golden bough». Por esta razón, pecaría de audaz si quisiera fijar hasta qué punto un libro profundo y realmente valioso sobre el temor a la muerte ha sido estrangulado por la premura impuesta en la publicación de estas lecturas que comentamos. En ellas, si bien el acopio de datos y la riqueza de observaciones no faltan, no hay ningún pensamiento hondo que sirva de eje a estas observaciones, ni ninguna consecuencia deducida de ellas. Si en un sentido de mera información el trabajo es por demás útil, si nuestra curiosidad queda bien satisfecha, nuestro pensamiento no adquiere ni una sola nueva aportación. Este libro nos trae mucho más noticias de cosas que conocimiento de lo que está tras de ellas.

Hace constar el autor que al decir religiones primitivas se refiere a las de los salvajes actuales, por creer que es en ellos donde más directamente puede estudiarse lo que es el sentimiento religioso primitivo. En estos pueblos—expone,—toda su religiosidad gira en torno al temor a la muerte y al culto a los muertos. Una serie de prácticas con los

cadáveres evidencia que hasta en los pueblos más salvajes, de una más rudimentaria civilización, existe la creencia en la vida futura. «Es, por consiguiente—dice,—un error suponer que la confianza en otra vida después de la muerte fué revelada por primera vez al género humano por los fundadores de las grandes religiones históricas: budismo, cristianismo e islamismo». No sé hasta qué punto nadie ha creído esto nunca. Lo que sí es indudable es que las religiones predicadas por Buda, Cristo o Mahoma dieron al hombre un distinto concepto de la vida futura, como el mismo Frázer señala cuando dice que ésta, según testimonio del explorador Thomson, para la mayoría de los salvajes actuales es tan sólo una continuación de la que ya han vivido, «una nueva existencia material». Además de que—y volvemos al testimonio de su libro—nada hay nuevo bajo el sol; no la creencia en la vida futura, sino hasta el escepticismo existe ya en el espíritu de los hombres primitivos. La civilización crea mucho menos que perfecciona.

Un estudio minucioso de los ritos y prácticas que hacen los primitivos de hoy para alcanzar la benevolencia y la ayuda en los trabajos de esta vida por los que pasaron a otra mejor completa este estudio tan notable de mister Frázer.—S. V.

ENFERMOS DEL CORAZON REALES E IMAGINARIOS, por el Dr. L. Calandre. Madrid.

El Dr. Calandre no necesita presentación. Su obra tampoco. La editorial Cenit ha querido salir al paso de la charlatanería que contienen hoy muchos libros de vulgarización en Medicina. Lo ha logrado con su Biblioteca de Vulgarización Médica, que dirige el Dr. J. Planelles, y sobre todo, al encargar a buenos especialistas en la materia cada uno de sus tomos. A esta orientación obedece la edición de esta obra del Dr. Calandre que reseñamos, a quien debemos también la divulgación en nuestro país de los más modernos métodos gráficos —y electrocardiográficos—para la exploración del corazón. Con ello no ha hecho sino continuar la tradición médica española que encontró con Servet—y, como él recuerda también, en el hispanoárabe Avenzoar—los primeros observadores personales de la circulación y el ariete más formidable a la falta de vigor científico de todas las teorías antiguas. Porque, hasta Galeno, el corazón no tuvo otro papel que el de un órgano noble, manantial de funciones desconocidas y complicadas, como el valor, los sentimientos y las pasiones.

Con arreglo a un justo criterio de divulgación, sus capítulos no se han ajustado a ese imperfecto orden de materias, puramente nosológico, sino de adaptación a los problemas u orientaciones sociales dominantes en nuestra época, que llegan a exigir del organismo, de cada órgano una precisa adaptación funcional. Más aún del corazón. Porque hoy el dinamismo exagerado de la vida exige del corazón un mayor esfuerzo y resistencia, una mayor energía potencial. De ahí esos capítulos titulados «Trabajo y deporte» y «Matrimonio y vida escolar». Sin olvidar tampoco una magnífica introducción a todos ellos que trata de «Suficiencia e insuficiencia».

Pero hay unos capítulos sobre los que quisiera llamar, finalmente, la atención por su actualidad. Son los referentes a «Vida escolar y orientación profesional» y «Desamparo social de los enfermos del corazón». El hecho de que casi todas las enfermedades cardíacas hallan en la infancia su comienzo ha aconsejado modernamente vigilar a los niños cardíacos y orientarlos hacia profesiones adecuadas a su limitación funcional para el trabajo. Además, los casos de muerte o invalidez por estas enfermedades son numerosísimos. «Las estadísticas siguen muy de cerca a las de tuberculosis y rebasan con mucho a las del cáncer». Aunque no son contagiosas estas enfermedades—y éste es el motivo del olvido de ellas—constituyen un grave problema social. El resultado es que estos enfermos, tan numerosos, se encuentran —fuera de los hospitales—sin la debida asistencia social, de que disfrutan los tuberculosos o los cancerosos. Ven minada su existencia, y todos se basan en su incurabilidad para no ofrecerles el consuelo de sustituciones, en su labor, gracias a las cuales puedan disminuir su trabajo, siquiera en grado suficiente para prolongar su vida. A crear estas asistencias sociales han ido encaminados los trabajos del doctor Calandre.

Sólo nos queda ya recordar que, como dice bien, D. Miguel de Unamuno, es muy difícil, y se necesita saber bien las cosas, para poder vulgarizar, y que gracias a ello es posible que este trabajo del doctor Calandre sea una vulgarización auténtica.

EXAMEN DEL NACIONALISMO ECONOMICO, por Jorge Gustavo Silva. Santiago.

«He ahí un libro—escribe el profesor y publicista Juan Bardina, en «La Semana Internacional», la meritísima publicación que dirige y publica en Valparaíso,—he ahí un libro que tiene médula, nervio y corazón, además. todos los libros de Jorge Gustavo Silva, por lo demás, son así.

Tiene el autor un gran caudal de conocimientos, porque tiene el vicio de leer substancia. Tiene el otro vicio de pensar, hoy tan escaso, en este siglo mecanizado de los discos repetidores. Tiene también el vicio de «flere super eum», divino destello que constituye la calidad de un hombre digno de ese nombre. Reunidas estas cualidades al rededor de un tema, surge un chorro sólido de doctrina, o, si se quiere, mejor,—y que es más que una doctrina—un riel seguidor para los lectores.

Esta vez, todo ello se ha puesto al servicio de este tema: examinar varios aspectos de la crisis mundial, encarándola principalmente, con el nacionalismo económico estrecho, intolerante y desequilibrador, de estos instantes. La médula del libro es ésta: lo que se llama Nacionalismo, de existir ese

interés privativo nacional, sería perjudicial a la unidad del mundo; **pero, en realidad no existe el Nacionalismo, como «egoísmo nacional», sino que se disfraza como Nacionalismo «el egoísmo de una minoría», en perjuicio de la Nación.**

Jorge Gustavo Silva es uno de los escritores que mantienen siempre la lengua suelta, indómita a la previa censura de los dueños de diarios. Ello hace sus libros sinceros y fructíferos».

MAX SCHELERS PHANOMENOGISCHE SYSTEMATIK. MIT EINER MONOGRAPHISCHEN BIBLIOGRAPHIE MAX SCHELER, por Gerhard Kraenzlin. Leipzig.

La colección de trabajos publicada bajo la dirección de Schingnitz, de Leipzig, con el título de «Estudios y Bibliografías sobre la Filosofía de la actualidad», en la que se incluyen también aportaciones de la Universidad de Zurich, tiene por objeto facilitar el conocimiento y la comprensión de la Filosofía contemporánea por medio de una serie de monografías sintéticas que se ocupan en primera línea con lo más concreto y viable: los pensadores principales de nuestro tiempo sus obras y sus doctrinas. Valgan como prueba del carácter científico y de lo concienzudo de esta colección los dos trabajos ya aparecidos en ella que preceden al presente: la «Filosofía fenomenológica de Husserl», de W. Illemann, y la «Crítica de la Fenemenología transcendental», de F. Weidauer.

Cometido de la monografía de Kraenzlin es la exposición sistemática de los principios fundamentales de la Filosofía fenomenológica de Scheler, misión que cumple magistralmente en un espacio de cien páginas escasas (En cuanto a los escritos más recientes de Scheler, cfr. este **Boletín**, año II, págs. 2 y 42; año III, p. 3 y año VII, p. 2). En la introducción, el autor diseña la posición de Scheler dentro del pensamiento filosófico general, y especialmente frente a los escolásticos, las doctrinas del catolicismo, y a Brentano y Husserl, precursor y progenitor, respectivamente de la Fenomenologia. La cuestión de si la Fenomenología de Scheler implica algo fundamentalmente nuevo la contesta el autor en sentido afirmativo, porque «Scheler creó con su Filosofía de los valores una nueva forma del objetivo que sólo tiene un paralelo en el objetivismo escolástico. En lugar de las formas objetivas preformadas, en las cuales los escolásticos dividieron la creación empírica existente, Scheler conoce el reino objetivamente existente de los valores y esencialidades fenomenales, en el cual rigen leyes de la categoría de valores, especialmente la luz creadora del amor». Sentencia el autor que Scheler no ha podido dar, sin embargo, una síntesis redentora, y que sólo se puede considerar su Filosofía fenomenológica como una brillante poesía y como una encantadora concepción del mundo. Sigue el autor dando una ojeada histórica de la situación filosófica, dedicando capítulos especiales a los fundadores de la Filosofía fenomenológica, en los cuales el autor reseña la Psicología genética de Francisco Brentano y problemas de su Filosofía como los fenómenos psíquicos y físicos, la percepción interna y la evidencia, así como los problemas principales de la Filosofía de Husserl.

El contenido esencial de la Filosofía de Scheler se trata en dos partes: en la primera, dedicada a la Filosofía de los Valores, se destacan tres complejos problemáticos: 1.° Valor y esencialidad (la concepción de la realidad del valor como realidad fenomenal, el principio supremo de la Fenomenología, el problema de la inmanencia y transcendencia, las clases de los objetos fenomenales, etc.). 2.° El sentimiento de los valores (la significación fenemonal del sentir, los valores como «objetos» del sentir, las clases del sentimiento de valores y amor y odio), y 3.° El problema de la unidad en del mundo fenomenal (la persona, la persona total y el Dios creador personal).

En la parte segunda se expone la Filosofía del espíritu de Scheler, cuyos problemas principales se encierran en tres grupos: 1.° Impulso y espíritu (resistencia e impulso, impulso y amor, espíritu y amor, la correlación de impulso y espíritu, etc.). 2.° El saber (el concepto más general del mismo, las clases del saber: saber de dominio, formativo y redentor), y 3.° La extrema unidad en la Filosofía del espíritu. Un capítulo final traza la posición del mundo actual frente a la sistemática de Scheler y a la Fenomenología en general. La Bibliografía de Scheler y un índice de materias llenan las páginas finales del libro, cuyo valor y necesidad quedan plenamente justificados por la gran importancia que tiene la Filosofía fenomenológica en el pensamiento contemporáneo, por la maestría que preside a la ordenación de la materia y no menos por la sencilla y concisa exposición.—**H. Daneyko.**

IBERO - AMERIKANISCHES SCHULUND ERZIEHUNGSWEVEN, por Harri Meier. Munich.

De entre los estudios sintéticos dedicados a la historia de las ideas pedagógicas en los países civilizados, que comprende el tomo III de la parte V del manual de Pedagogía arriba citado, obra monumental que ha de constar de unos 28 tomos formando una verdadera enciclopedia pedagógica universal, mencionamos el dedicado a la Historia de la Pedagogía en España, Portugal y los países iberoamericanos.

Después de arrojar una ojeada sobre la evolución de las ideas y métodos pedagógos iberos, desde la época romana, se ocupa el autor principalmente de la pedagogía iberoamericana en los siglos XIX y XX, tratando en apartados particulares de la escuela primaria, de la segunda enseñanza y de la Universidad. Es lástima que, por el momento de su redacción, no hayan podido entrar en este documentado estudio las reformas y movimientos llevados a cabo en España durante los últimos años.—**W. P.**

STUDIEN ZUM SPANISCHEN SPRACHGUT IM DEUTSCHEN, por Paul Scheid. Greifswald.

Con sorpresa y agradecimiento ha de leer el filólogo germanista y el romanista esta cuidadosa tesis, redactada bajo el patrocinio del Profesor Stammler, de Greifswald. Ha de sorprenderle ver cuán considerable es el vocabulario español penetrado en el alemán por toda clase de caminos y cuántas conclusiones admite esta influencia acerca de las relaciones espirituales entre ambos países. Y ha de agradecer el poder orientarse con mayor facilidad sobre un terreno asaz inseguro hasta ahora.

Después de una breve introducción metódica, ofrece el trabajo un capítulo extenso dedicado a las influencias españolas en el idioma alemán, reflejadas en el vocabulario. Muy pocos de los aproximadamente 250 vocablos españoles que pasaron al alemán datan de antes de 1500, en la medida en que puede darse alguna exactitud a esta fecha. La época de los descubrimientos que concede tanta importancia comercial y de tráfico al mundo de habla española, suministra al idioma alemán múltiples denominaciones españolas para nombrar nuevos artículos, expresiones del lenguaje de marineros, nombres de frutas meridionales, plantas y flores. Alrededor de 1600 empieza a mostrarse en Alemania el interés por el estudio del idioma español, siendo la época de 1550 a 1650 la de más intenso tráfico de vocablos del español al alemán. Dichos vocablos pertenecen en su mayoría al lenguaje de la corte y al militar. Durante la Guerra de los Treinta Años se ensancha la influencia de este último factor. Las numerosas traducciones de la época barroca aportan términos literarios. De la misma época proceden vocablos y expresiones sobre la moda, denominaciones de bailes y expresiones del juego de naipes, que pasaron éstos pronto al sentido figurado. Las descripciones de viaje procedentes de todos los siglos suministran muchos vocablos. En el siglo XIX aparecen algunas expresiones de índole política, mientras que el vocabulario español emigrado durante el siglo XX comprende denominaciones de baile, expresiones de **réclame** y títulos de canciones de moda.

Sin embargo, el autor no logra siempre esbozar con acierto el camino que siguió un vocablo español al penetrar en el alemán. El desarrollo de una palabra o de un giro dentro del idioma alemán no se ve siempre con precisión. A nuestro parecer, el autor no ha tenido en debida cuenta las descripciones de viaje de épocas pasadas. Tampoco cita la amplia bibliografía de Farinelli, **Viajes por España** y los relatos de viaje publicados por Ffandl, Werner y otros. Seguramente hubieran ofrecido materiales y puntos de vista nuevos los artículos de periódicos alemanes, también de época anterior a la actual (cf., por ejemplo, Pfandl: **Spanische Kultur und Sitte**, página 243). Nos ha llamado la atención que falten por completo los nombres de monedas españolas o sudamericanas conocidos en Alemania, como, por ejemplo, **der Real, der Maravedi, der Peso, die Pesete,** y otros.

En la segunda parte, principal del trabajo, se ofrece un registro alfabético de los vocablos españoles penetrados en alemán, con un número considerable de autoridades cronológicas difícilmente coleccionadas por el autor. Tal lista ofrece forzosamente la desventaja de reunir en un mismo nivel a todos los vocablos: los importantes, es decir, los que se emplean con preferencia y los secundarios, raros. El romanista tendrá que hacer ciertas restricciones en este capítulo, de las que podrá prescindir el germanista. El mismo autor dice en su nota final: «Hay que tener en cuenta, que no siempre ha sido posible mostrar una vía directa del español al alemán, siendo numerosas las palabras inmigradas al francés simultáneamente o poco más tarde, y que el francés, por lo tanto, desempeñará en algunas expresiones de las citadas el papel de intermediario». Hubiera sido de desear mayor claridad en este sentido. Incomprensible por completo resulta que Scheid recurra para sus etimologías españolas a la obra de Diez (!), sin citar a Meyer-Lübke, cuya segunda edición habría podido indicarle camino seguro en todos los casos. Tampoco debiera haber empleado el Tolhausen para explicar el significado de los vocablos y expresiones españolas sin echar mano al Diccionario de la Academia. No nos es posible citar detalles.

En contra de la lista cronológica ofrecida en las páginas 127 y siguientes, hay que hacer constar que la fecha citada para la inmigración de una palabra no corresponde casi nunca a la realidad. Las pequeñas observaciones expresadas no alteran el considerable valor del presente trabajo.—**Edmund Schran.**

DIE LIEDER DER MAUMARIEE SEIT DEM MITTELALTER, por Rudolf Daehne. Halle.

El tema de la mujer mal casada es muy frecuente en las canciones cortesanas de la Edad Media francesa, habiéndose estudiado como tal fenómeno histórico de la poesía medioeval por varios autores: G. Grober trata de estas canciones dentro del grupo que denomina **sons d'amor**, grupo llamado por G. Paris **chansons a personnages**, definición que se aproxima a la empleada por A. Jeanroy, **chansons dramatiques.** El último de los autores citados ha profundizado los problemas relacionados con este complejo de canciones en su obra **les origines de la poésie; lyrique en France au moyen age**, París, 1889. Las primeras canciones del tema de la «mal maridada», que han llegado a nosotros, proceden del siglo XIII, fechándose, sin embargo, su origen en una época anterior a las cruzadas, según, entre otros, E. Wechssler (cf. su obra: **Das Kulturproblem des Minnesangs**, t. I, Halle a. S., 1909).

Lo que aún no se había estudiado es la prolongación del tema de la «mal casada» en la Edad Moderna francesa, objeto que persigue el autor del presente trabajo examinando las relaciones entre las canciones medio-

evales y las modernas, así como las diferencias existentes entre ambas. En dos partes, dedicadas a las canciones del siglo XV al XVII y del XVIII al XX, respectivamente, y subdivididas en un apartado histórico y otro sistemático, expone Dahne las características de la «Maumariée» posterior a la Edad Media.

La parte capital del libro consiste en la investigación de los cambios sufridos en el tratamiento del tema, o sea la caracterización del contenido y de los personajes. Dahne ha utilizado un amplio material, a base del cual observa diferentes tipos de canciones constituyendo agrupaciones de asuntos y motivos. En la parte histórica encontrará el lector observaciones referentes al desarrollo de las canciones, según géneros. Durante la Edad Media, las canciones francesas de la «mal maridada» pertenecen al género de poesía erudita, empezando en el siglo XV a pasar al popular, y existiendo al propio tiempo géneros intermedios. La distinción entre estos géneros no es siempre fácil, y factible tan sólo a base de características de estilo, contenido o vocabulario, puesto que otras, como, por ejemplo, la métrica, no ofrecen seguridad absoluta, siendo comunes en muchos casos.

También en cuanto a la forma se registra cierto cambio, llegando a predominar los monólogos de la mujer «mal maridada», en detrimento de los diálogos. Cuanto más nos acercamos al siglo XVI, más grosero se vuelve el tono de las canciones, y aún obsceno en el XVI y XVII. Dahne no decide categóricamente la cuestión de si existen relaciones y descendencias directas entre las canciones medievales y las modernas, negando éstas para las canciones medioevales de tipo cortesano y erudito que se nos han legado, pero sí suponiendo la existencia, durante la Edad Media, de canciones populares del mismo tema de las que no han quedado vestigios y que constituirían el punto de partida para las canciones postmedievales.

El autor se limita conscientemente a las canciones francesas de la «mal maridada», sin tener en cuenta posibles repercusiones o paralelos en otros países. Dicho tema es también conocido en España durante la Edad Media adoptando forma de romances, como los citados por Menéndez Pidal bajo el nombre de «esposa desdichada» en su obra **El Romancero, teorías e investigaciones** (páginas 153 y siguientes). El tema en España fué también aprovechado por Gil Vicente, Castillejo, Montemayor y otros, lo que demuestra su popularidad.—**W. Petersen.**

RIBERA Y ZURBARAN, EL GRECO Y TOLEDO, VELAZQUEZ, EL HOMBRE Y EL PINTOR, por J. Pla Cargol. Madrid.

Cualquiera de estas pequeñas monografías sobre la vida y milagros—¿acaso no se puede calificar así a la obra de un Velázquez o a la de un Greco?—de los pintores que con mayor altura representan el genio español en la pintura, puede ser puesta como modelo entre las publicaciones similares. En España, en que son contados los libros, aun entre las novelas, que alcanzan una segunda edición, llega a lo extraordinario que unas monografías de arte, materia tan indiferente a la gran masa de lectores, la consigan, como ocurre con todas o con casi todas las que Pla Cargol lleva publicadas.

Es pena que libros tan pulcros como los que comentamos se hayan editado con tan mal gusto que prevenga al lector un poco en contra de su contenido. Esas cubiertas de Geografía o Aritmética en epítome para uso de las escuelas elementales que se han dado a estos libros hacen sospechar, para quien no conozca a su autor, que vamos a tener un desagradable encuentro con uno de esos folletitos vulgarizantes o divulgantes que a vueltas de mil sandeces sirven tan sólo para suministrar conocimientos de segunda mano—preconocimientos casi siempre,—noticiejas triviales que desorientan en su media lengua al tratar cuestiones que así no pueden tratarse. En una palabra: que los editores no han sabido encontrar el aspecto exterior que convenía a los escritores de Pla Cargol sobre nuestros pintores.

En éste ha sido vencido el problema que entraña un libro de su tipo: el problema de que, al tener que resumir algo tan complejo como es el estudio de la obra o de la vida de las ingentes figuras de Goya, Velázquez, «el Greco» o Zurbarán, no se consiga condensar en pocas líneas lo que precisa de tantas para ser comprendido y en vez de sintetizarlo, se reduzca la labor del escritor a considerar un tema de demasiada envergadura para lo modesto del intento de una manera fragmentaria. No es así la visión que de estas personalidades nos ofrecen los libros de Pla Cargol. No es la silueta que traza de ellos el autor, mutilada; al contrario, logra conservar en su estatuilla de tanagra todos los perfiles de la figura del coloso. Se trata de una reducción a menor escala. Todas las proporciones se mantienen en idéntica relación entre sus elementos; sólo el tamaño varía. De esta forma, el lector puede encontrar en tan breves libros, dentro de una realización que aunque apretada no deforma la visión auténtica de quienes se trata, una relación somera de la vida del hombre y de la vida del arte de la pintura en el hombre, en esos magníficos ejemplos de humanidad y de arte que son los pintores a que repetidamente hemos aludido.—**S. V.**

LA CULTURA ESPAÑOLA MEDIEVAL, por Fco. Vera. T. II, H-Z. Madrid.

Con este segundo tomo termina la obra, que es un conjunto de datos biobibliográficos para la historia de nuestra cultura medieval. Los escritores se citan por orden alfabético, y así la obra viene a ser un diccionario. Hombre de vasta cultura el señor Vera, ha sabido darnos noticias precisas y seguras de la mayor parte de los escritores españoles medievales y de las obras que publicaron. Y como no se trata sino de un

ensayo, la obra resulta muy estimable. No hemos de ocultar, sin embargo, que el libro da la impresión de haber sido escrito algo de prisa. Así lo comprueban claramente las Adiciones, que son muy numerosas, y en las cuales han encontrado a veces cabida escritores de primer orden, como Raimundo Sabunde, omitido en la primera redacción. No siempre las Adiciones son acertadas; y así, figura como nuevo escritor un Alfons Mumo, redactor de la Crónica compostelana, del cual ya se había hecho mención en el cuerpo de la obra con el nombre de don Nuño. Y hasta sospechamos que el Bernardo López de Carvajal, moralista de Badajoz, del siglo XV, sea el famosísimo cardenal don Bernardino López de Carvajal, jefe del cisma contra Julio II y del conciliábulo de Pisa. Sospechamos, igualmente, que Juan Bernardo Díaz de Lugo, Obispo de Calahorra, cuya época no se cita, fué, no un escritor medieval, sino un Prelado del siglo XVI.

Hubiéramos deseado más amplias noticias respecto a algunos escritores. Realmente, no se hace cargo el autor de las hipótesis más modernas respecto al autor de la Crónica atribuída a Sebastián de Salamanca y al carácter de la misma. En la Bibliografía dedicada a Lulio echamos de menos, entre otros, el nombre de Antonio Pascual, el más original y profundo de los lulianos españoles; también echamos de menos indicaciones concretas sobre la edición completa de las obras lulianas, publicada por Salzeuger en Maguncia. La edición de Maguncia se cita respecto a algunas obras, mas esto no es bastante. Respecto a don Rodrigo Jiménez de Rada, nos extraña que no se cite la biografía completa publicada hace algunos años por el padre Gorosterraza. Encontramos algunas omisiones análogas.

RICARDO PALMA; «SOCIEDAD DE AMIGOS DE PALMA». (1833-1933). Lima. En 1933 se celebró en Lima el centenario del nacimiento del famoso poeta peruano y más famoso prosista Ricardo Palma. Lo ha inmortalizado su obra titulada «Tradiciones peruanas»; en ella recoge los latidos del alma nacional. Esa obra inició una tendencia literaria que encontró imitadores. Hoy la reputación de Ricardo Palma, parece asegurada definitivamente, y del elogio pronunciado en las fiestas centenarias por Riva Agüero copiamos estas palabras, que, a nuestro juicio, sintetizan con acierto la gloria del literato: «Con traducciones sucintas, desgranadas anécdotas y apuntamientos reunidos por flojísimo lazo, nos ha legado Palma no menos que la epopeya cómica de nuestra historia. No faltaban en la historia del Perú. motivos para evocaciones grandiosas y heroicas, pero no era ésta la vocación de Palma, ni acertó cuando entró en los dominios de la narración heroica. En cambio acertó por completo cuando atendió al lado risueño y cómico de la vida. Ya en «El demonio de los Andes» no le atrae la épica fiereza con que combatieron en guerras civiles los españoles conquistadores, sino los gracejos y chistes con que condimentaba sus atroces ejecuciones Francisco de Carvajal.

El volumen contiene excelentes trabajos, uno de ellos, del catedrático y orador católico Víctor Andrés Belaunde; pero lo que más nos gusta del mismo es el Epistolario. Porque Palma sostuvo interesante correspondencia con muchos escritores de España y América, singularmente con Menéndez Pelayo, Tamayo y Baus, Mariano Catalina, Cotarelo, Núñez de Arce, Pérez Galdós, Barrantes, Rubio y Lluch, Rubén Darío y Aníbal Galindo. Las siete cartas dirigidas por Palma a Menéndez Pelayo están copiadas del Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo, que las publicó en el número de diciembre último. Las cartas son amenísimas y están llenas de apreciaciones muy finas sobre producciones e incidencias literarias sobre el tercer centenario del Quijote. Dos son los asuntos que principalmente se tocan en las cartas dirigidas a España: el primero es la conservación de una Academia peruana, correspondiente de la Española; la Academia se creó, pero llevaba una vida muy lánguida. El segundo asunto era el empleo de Palma por conseguir que en el Diccionario de la Academia española encontrasen cabida muchos neologismos de origen americano que Palma había estudiado con cariño y encontraba muy bellos. La lengua—decía Palma—es casi el único vínculo entre España y América, y la Academia se empeña en debilitar este vínculo, rechazando los neologismos americanos y separando así el habla de España y de América. Palma creía que Menéndez Pelayo y Tamayo y Baus eran los que en el seno de la Academia se oponían más resuelta y sistemáticamente a la adopción de los neologismos americanos.

También manifiesta Palma un prejuicio, y es que en España se tiende a rebajar el mérito de los escritores hispano-americanos. A su juicio, basta leer la Antología de poetas americanos, escrita por Menéndez Pelayo, para convencerse de que el gran crítico les pega de lo lindo, aunque con mucha finura y corrección. También se queja de Balbuena, que los ataca groseramente. Por nuestra parte, no vemos en la magnífica obra de don Marcelino ninguna animosidad contra los americanos. Y si Balbuena fustigó con su crítica despiadada y menuda a muchos poetas americanos en «Ripios ultramarinos», hay que tener en cuenta que no trató mejor a los españoles en otras tres series de «Ripios», y que ridiculizó al mismo Menéndez Pelayo, que ademas de un gran polígrafo, era un verdadero poeta.

LA CRISE DE LA VERITE, por J. Hjort. París. El sentido del título, «La crise de la verité», con que aparece en su traducción francesa este libro del profesor de Oslo, Johan Hjort. es, dicho en castellano, algo como «la verdad está en crisis», en un sentido etimológico de lucha y combate. Quiere decir sobre todo el profesor Hjort que el principio de duda sistemática, que pudo ser fecundo en el reino de las ideas cuando el grado de avance

de las ciencias no permitía un grado suficiente de experimentación comprobativa, vuelve a presentarse en nuestros tiempos al ingresar en el terreno científico una serie nueva de conceptos generales cuya comprobación es por demás insatisfactoria. Tanto como dure esta situación, todo lo que hasta ahora parecía inconmovible por estar asentado sobre la base experimental y aun estrechamente encadenado a un sistema, se ve puesto de nuevo sobre la mesa de disección, ya que al dudarse de la verdad de los principios cabe pensar que la supuesta verdad inconcusa de los hechos puede resultar de apreciaciones erróneas, cuyo error esté causado por el factor humano. Experiencia quiere decir observación humana. Pero si el observador adolece de defectos inalienables, habrá que buscar la verdad por otros caminos.

Prescindiendo de los caminos de la revelación sobrenatural, lo importante radica en el dilema entre la verdad relativa y la verdad apodíctica. El profesor Hjort se esfuerza en demostrar de una manera histórica que el principio experimental y el principio deductivo son las bases de la ciencia europea, es decir, de la cultura grecolatina. Los progresos técnicos y la creciente comprobación de principios teóricos o su constante depuración, han dado a la ciencia europea (pleonasmo, desde luego) una solidez que parece entrar en una nueva fase de inestabilidad a consecuencia del éxito de ciertas nuevas teorías, que no siendo menos hipotéticas que otras anteriores, se diferencian de ellas en que las tales hipótesis se admitían como un medio provisional para sostener la unidad de cierto principio básico, mientras que las teorías nuevas llevan dentro de sí un germen destructivo que, como en algunas de Einstein, parece acercarse a un tipo de nihilismo.

Para Johan Hjort, este estado de cosas que lleva a las ciencias el abuso de teorías acabadas en «ismo» es peligroso y acarrea a la ciencia esa crisis que responde en su sentido especial, a la generalidad de las crisis que afligen a tantos otros aspectos sociales, aunque en estos casos se trate de oscilaciones en el consumo o decadencia de principios ideológicos y en aquél sea, en realidad, una lucha por alcanzar verdades de un orden superior a las que se discuten, lo mismo si se trata de que triunfen las actualmente reputadas por tales que si se las ve periclitar definitivamente.

Al panorama histórico que traza en su libro el profesor Hjort hay que añadir otro motivo de interés. Consiste en la importancia que atribuye (desde este punto de vista de negación de verdades experimentales, de nihilismo espiritual y de propensión a sustituir la verdad de los hechos por la puramente imaginativa, ya sea teórico-científica, ya de índole religiosa) a la influencia del espíritu oriental, que aporta singularidades de orden imaginativo y, por decirlo así, alucinantes al método científico europeo, con lo cual se produce una mezcla extraña cuyas consecuencias alcanzan a la raíz misma de los principios científicos más sólidamente confirmados desde los griegos hasta ahora. De este modo puede decirse con el profesor Hjort que cuando se emplean hoy términos como «línea recta» y «dimensión», se hace a la vez para significar conceptos antiguos y nociones nuevas.

En tal sentido, la ciencia, y con ella la verdad, entra en un momento semejante al del viajero que por primera vez emprende una larga travesía marítima y con graciosa sorpresa se encuentra con que la distancia más corta entre dos puntos no es la línea recta, sino un arco de círculo.

EN EL PODER Y EN LA OPOSICION (1932-1934), **por Manuel Azaña.** Dos tomos. Madrid.

Acaban de aparecer dos volúmenes de discursos de don Manuel Azaña, «En el Poder y en la oposición», continuación de los discursos del mismo político recopilados, hace justamente dos años, en «Una política». Este primer volumen de oratoria comenzaba con una alocución en un banquete republicano el 11 de Febrero del año 30 (esto es, cuando la República, aun en los espíritus republicanos más optimistas, no era otra cosa que un deseo, una ilusión) y concluía con un discurso en las Cortes, el 9 de Septiembre del año 32, sobre la expropiación de la nobleza. Los dos volúmenes de hoy incluyen la alocución que pronunciara Azaña el 26 de Septiembre del año 32 sobre la autonomía catalana en Barcelona, e inserta asimismo, a partir de esta fecha, todos los demás discursos del expresidente del Consejo, dentro y fuera del Parlamento, en el Poder y en la oposición, hasta el pronunciado el 2 de Mayo de este año en las Cortes con ocasión de la nota presidencial a la amnistía al advenimiento del Gabinete Samper.

En el prólogo que don Manuel Azaña ha colocado a estos volúmenes (un prólogo que nos recuerda, según es de perfecto en su estilo, las mejores páginas de «El jardín de los frailes» y «Plumas y palabras)» se justifica la recopilación de estos discursos, a la par que se hacen interesantes apreciaciones sobre la política y la oratoria política. Estas últimas apreciaciones sobre la oratoria política son las que más vivamente nos atraen, en cuanto somos de momento comentaristas de discursos políticos. «El dramatismo de la oratoria política (embate de pasiones, hallazgo y ordenación de sentimientos, cautivante espectáculo de la inteligencia en apretado trance de trabajo para vencer o ser vencida) puede a veces promover en los oyentes una emoción peculiar que anegue la divergencia de opiniones. El auditorio tiene parte principal en la acción de hablarle; es de algún modo actor en cuanto acude a ser trabajado por las razones y afectos que renueve la palabra y no acude indiferente ni pasivo. Un discurso político viene a ser, psicológicamente, una decisión, el acto resolutorio de la crisis abierta en el ánimo de los que escuchan atentos. La duda, la zozobra, la esperanza, la simpatía, el recelo, la curiosidad trivial zumban en torno de quien habla, gradúan lo que se espera del orador, de la ocasión. El discurso logra su efecto si relaja placentera-

mente la tensión mediante una descarga de la sensibilidad o un esclarecimiento del juicio, en los cuales el oyente pone de lo suyo cuanto puede».

Esta certera visión de la oratoria política, tal como se da en su momento de creación, vale para el público, el orador y su espectáculo. Pero la oratoria política, una vez pasada la coyuntura en que pudo darse, una vez disuelto el auditorio y retirado el orador de su estrado, puede sufrir o gozar, según sea la oratoria, de perjuicio o beneficio. Nos referimos a esta segunda vida de la oratoria en el libro. Ahora, la oratoria queda en cierto modo como embalsamada, sujeta a las líneas estrictas verbales o de pensamiento; ya no es un acto, ni siquiera una actitud, sino una pieza literaria, cuyo valor se ha de medir por la belleza de su forma e igualmente por su sentido, por su contenido. Pues bien: no será novedad para muchos (puesto que la mayor parte de estos discursos de Azaña, y precisamente los más importantes, fueron reproducidos íntegros en la Prensa) afirmar que la oratoria del ex-presidente del Consejo, si impresionante en su momento de creación, lo es también, y por idénticos motivos en el libro. Porque la originalidad de este modo de hablar político no está tanto en lo adjetivo, con que de continuo la oratoria más que vestirse se disfraza (el ademán, el gesto, la entonación, etc.), como en la transparencia de la concatenación lógica, en el vigor del discurso propiamente dicho, en el dibujo como recortado de las ideas, en el hallazgo constante de expresiones felicísimas, auxiliadas éstas por un léxico singular. Y son estas virtudes de la oratoria las únicas que pueden vivir, subsistir si no nos engañamos, en el libro. De modo que no nos encontramos en este caso con las pompas fúnebres que a las veces son los discursos políticos impresos; antes bien, nos hallamos frente a una prosa viva, cuya lectura se sigue con un interés mixto de auditor y lector.

Los dos volúmenes que integran «En el poder y en la oposición» incluyen los discursos que de modo más justo exponen el pensamiento político de don Manuel Azaña; discurso de Santander, 30 de Septiembre del 32; discurso de Valladolid, 14 de Noviembre del mismo año; de Bilbao, 9 de Abril del 33; de Madrid, 14 de Febrero y 16 de Octubre, también del 33. Destacar estas oraciones no implica dejar en la sombra las demás; todas las cuales, por circunstanciases que sean (en política, y singularmente en la política parlamentaria, todo es circunstancial), se refieren o atañen a intereses nacionales muy vivos; el Parlamento, la política militar, el orden público, el regionalismo, etc. Incluso no falta en estos volúmenes una de las charlas más sugestivas del señor Azaña aquí titulada «Impromptu de El Sitio», pronunciada en la Sociedad del mismo nombre de Bilbao como conversación de sobremesa.

Resumir (no hablemos de criticar, o sea de juzgar; el juez se coloca de antemano en la postura que menos nos compete: la pedante por antonomasia); resumir, decimos, el pensamiento de estos discursos no es tarea hacedera en cuatro líneas ni es tarea, por otra parte, de nuestra sección. Además, no es necesario; ahí están los discursos. Mas no será ocioso decir, antes de acabar, que son estas alocuciones, junto con la política que representan, las que han desencadenado más pasión en España. De la trascendencia de tales oraciones en su momento y en el presente júzguese por el hecho de que toda la política que se hace rueda a favor de ellas o contra ellas; para juzgar de su importancia en el futuro bastará aguardar. El porvenir duerme—ya lo decían los griegos deliciosamente—en las rodillas de los dioses.—**E. S. y CH.**

MARIA MONVEL Y SUS MEJORES POEMAS. Nascimento.

1. El mundo poético de María Monvel tiene cuatro partes. La fisonomía de cada porción es distinta y precisa. El yo auténtico de la poetisa está repartido con distinta intensidad en cada zona del libro, zonas que ella no señala, sino que yo, al analizar el volumen, las disocio.

El primer sector poemático está formado por los trabajos iniciales del texto. Son versos plenos de dolorida queja por un amor (¿ficticio?) que ha pasado. Es un amor melancólico y con sabor de rebeldía y amargura: «Me pesaba su nombre como un grillo de hierro», canta en la hora del recuerdo de ese amor compuesto de «celos, sospecha e injuria». Es grito y es canto a la par este poema.

«No entendió» se titula otra poesía de parejo sentimiento. Es un amor pasado y baldío. El acento es gris y contrito.

Viene después la sección segunda. La escritora es madre. «Los versos de la madre» (así entre comillas por mi voluntad) son delicados, finos. Son trabajos dignos de antologías didácticas. «Niño» y «Mi hija juega en el jardín» merecen mi más cordial aprobación.

En seguida el tercer distrito del libro lo forman los versos de amor en presente. «Amor que te me niegas, espera aún, espera —soy joven todavía. No cruces a mi lado sin detener el paso,—soy joven todavía». Es una de las poesías más aladas de todo el texto. La forma primorosa, el ritmo ágil y liviano y el fondo, el eterno problema de las cien mil soluciones: el amor, amo y señor de los mundos.

Por último, la poetisa joven, poseedora de una técnica personal y contemporánea: «Marineros» es la muestra más elocuente de lo afirmado en el presente párrafo.

Un libro no es la simple acumulación de páginas impresas y ordenadas. Para que alcance a tal rango es menester un espíritu animador, un «neuma», es decir, un soplo sutil e inefable que incorpore el impreso a la casta de los seres vivos. Y bien, el libro de María Monvel pertenece a esta escasa categoría: es organismo viviente.

2. Siempre que tengo ante mis ojos un libro de «los mejores poemas» o de «las

mejores páginas» de un autor vivo, leo entre líneas: «He aquí mi cosecha. Ahora me retiro a descansar, no trabajaré más en la labor estética».

Sin duda que tal meditación mía tendría mucha significancia, si se tratase de un escritor entrado en años. Pero tengo entendido que María Monvel es joven, acaso demasiado joven, para que entregue al juicio público y crítico «Sus mejores poemas».

Por otra parte, un literato vivo no tiene la carrera biológica finita. Y todavía, es preciso repetirlo: el autor, en general, no es buen juez para su causa literaria. Los casos que ilustran mi afirmación son numerosos en la historia de las letras artísticas.

Con todo, el volumen de María Monvel, elegantemente publicado por la Editorial Nascimento, merece atención por las excelentes páginas en él contenidas.

El lenguaje y el estilo poéticos son de suave ondulancia. El matiz del color y la plástica del sonido merecen ser señalados con el «lápiz azul» de la aprobación emocionada.—**Norberto Pinilla.**

SAPPHO, por Jean Larnac y Robert Salmón. París.

No se pensará que veintiséis siglos sean poco tiempo para desvirtuar los conceptos, alterar los hechos y desfigurar a las personas; desfiguración de la imagen ideal que nos hacemos de gentes que vivieron en una sociedad y dentro de un medio ambiente tan distintos de los que podemos conjeturar que forzosamente tal imagen ha de parecerse más al reflejo de nosotros mismos que a una realidad tan difícilmente presunta.

Pero se trata de un poeta, de un artista, de un creador de belleza, y lo que nos llega de sus obras tiene aún tanto jugo fresco, color tan sano, un tan apetitoso aroma frutal que nos cuesta trabajo dejar de creer que el árbol donde maduraron no fuese—idéntico al de hoy—sensible al paso de las estaciones, al calor del sol y al color del cielo, rumoroso en idénticas cadencias al soplo de las brisas y bebedor de los mismos jugos subterráneos. Tras de miles de años nos llegan las páginas inmortales de «La Iliada» y «La Odisea», y sin embargo, apenas sabemos que su autor fuese un corporal Homero. Más afortunados en cuanto a Safo, su gran figura gemela, sabemos algo respecto a la mujer; pero la fortuna es incomparablemente menor respecto a la obra. Pocos fragmentos, a su vez mutilados, es lo que queda de la excelsa poetisa, aumentado el caudal, en fechas recientes gracias a la vez a la casualidad y al trabajo tenaz de los investigadores.

Sobre tan precarios cimientos se ha levantado la estatua de Safo, y tras del mármol simbólico Pigmaliones de la biografía han intentado animar la figura viva de la poetisa. En tales circunstancias la imagen animada por el calor de la fantasía no podía aspirar sino a un parecido remoto. La erudición incansable, menos satisfecha, fué reuniendo datos, breves, escasos, insignificantes, al parecer del profano, pero suficientes para permitir hoy una reconstitución de la persona y de su manera de vida.

Jean Larnac, que es un especialista en la biografía femenina, y Robert Salmón, que lo está en la antigüedad griega, se han puesto de acuerdo para trazar de nuevo la vida y presumir el carácter de Safo. El procedimiento seguido es bueno, y el resultado es un libro atractivo, lleno de sugestiones y de alicientes. Veintiséis siglos transcurridos son casi toda la historia humana; mas no son nada para la historia del planeta. Los conceptos, los criterios, los puntos de vista acerca de la convivencia ciudadana y de la moral social han debido de cambiar mucho. Pero si se toma un barco, uno de esos grandes buques de turismo mediterráneo, y se aborda en la costa de Asia Menor, ya en Aivalik, o en Esmirna, o en algún puerto oriental de Grecia, otros vaporcillos menores conducen a las islas del mar Egeo, a Samos, o a Tenedos, o a Samotracia, o a Lesbos, nombres infinitamente prestigiosos, que las gentes de hoy han transformado en Susam, o de Kyos han hecho Sakiz, o han cambiado en Midillú la eufónica Mytilene. Costumbres, gentes, nombres, han cambiado; el paisaje es el mismo. Y aún en las pequeñas aldeas, lejos del contacto civilizador, la vida ha debido de sufrir tan pocas modificaciones, que un espíritu avisado puede reconstruir sin grandes extravíos el medio ambiente en que el poeta legendario se movía, conforme un Renán supo ver a Cristo en la Palestina romántica, o un Tor Andrae a Mahoma en el Hedjaz de nuestros días.

El pueblecito de Eresos, en Lesbos, donde Safo nació y vivió sus jóvenes años sacerdotales, apenas se encuentra en los mapas más detallados, mientras que Mytilene, su antigua rival, había superado a Eresos ya a la vuelta de Safo de su destierro en Siracusa, y allí fué donde Safo instaló su escuela de danzas y cánticos corales y donde hasta un tiempo reciente se guardaban sus pretendidas cenizas. Si Mytiline es hoy una ciudad oriental por la que apenas ha dejado huellas el progreso moderno, Eresos sigue siendo una aldea en la que se encuentran exactas las descripciones que Safo hacía de ella. Una aldea prehelénica, un pueblecillo de los tiempos arcaicos de la civilización griega, muy lejano en su aspecto y en sus costumbres ardientemente conservadora a la Grecia del período helénico.

Larnac y Salmón comienzan insistiendo en este punto, porque la mayoría de las gentes que evocan la antigüedad griega tiene una idea que corresponde a sus mejores tiempos y a sus ciudades eminentes, mientras que la vida en los pequeños poblados dentro de la vieja época se debió de aproximar más a las del Asia Menor, y en ésta, la vida se conserva permanentemente semejante a sí misma, sin variación sensible, a lo largo de muchos siglos. Todavía en su folklore se encuentran rastros de las costumbes descritas por Safo en sus poesías. Todavía los viñadores danzan sobre los racimos como los servidores de Escamandrónimos, el padre de Safo, y las mujeres muelen el trigo en las pilas como las sirvientas de la noble

casa de los progenitores de la poetisa. Y aun los barquitos pesqueros que se amarran, perezosos en la calma, diligentes si sopla el viento en los puertecillos de Lesbos, la mal afamada.

Mala fama, en efecto, como la de tantas otras tierras en las que no precisa la cólera divina para que caiga sobre ellas el fuego del cielo y se esparza por la superficie el salitre de su indignación. Pero sobre estas tierras de iniquidad ha llovido mucho, y esas llamas y esos escozores se han mitigado ante la acción sedante de la ciencia y de la comprensión histórica. Ni Safo ni Sócrates tenían por qué abochornarse de prácticas universales en aquellos climas y sancionadas favorablemente por sus religiones, Safo, sacerdotisa desde su virginal infancia de la Afrodita arcaica, virgen y madre, fea monstruosa, pero madre universal de todo lo creado y Sócrates, admirador del hijo de Afrodita, del hermoso Adonái, que resucitaba cada año al tercer día después de su muerte, no podían suponer que otros conceptos de la moral iban a rechazar sus prácticas amorosas, cambiando de sentido al amor, mientras se apoderaban de sus mitos y transformaban a Zeus en Jehová, a Afrodita en Miriam, la doncella galilea, y a Adonis en su hijo, el tierno adolescente nazareno.

Los actuales biógrafos de Safo se preocupan mucho por mostrar el aspecto religioso, sacerdotal, de sus poesías más inflamadas de erotismo. El razonamiento es sencillo: si en una religión la piedad es la alta virtud, en otra donde se venera a la diosa del amor toda exaltación erótica estará en su punto. O por lo menos lo estaba en su tiempo y lugar, y es lo que concuerda con una imagen de Safo como esos escritores la presentan: pequeña, morucha, enjuta, de un tinte aceitunado, ardiente en la mirada, sensual la boca cantarina, ágiles las magras piernas danzantes, brazos enjutos y tostados que al abrazar la curva de la lira sabían arrancarle suspiros entrecortados por el fervor que la diosa inspira...

Hay en sus citaciones y en sus comentarios materia propicia para que al leerla se frunza una sonrisa. Años de juventud apasionada, celosa, dictatorial; fiesta perpetua en una Naturaleza tan pobre, que cada flor de granado, cada jazmín silvestre, cada narciso nacido junto al riachuelo, cada violeta destinada a ornar las sienes admiradas, se convierten en motivo de exultación, de gozo entusiasta por esos regalos divinos. Después, el destierro cuando los tiranos extranjeros invaden la isla, humillando a las más nobles familias, como la de Escamandrónimos, aristócrata y vinatero. Huída a Siracusa. Melancolía de la sacerdotisa, arrojada del jardín que era su templo. Apuros económicos. Casamiento con un hombre rico y repulsivo. Una hija. Años más tarde, vuelta a la patria, en la que Safo no reconoce la tierra amada que dejó aún impúber.

Safo, desencantada, entristecida al ver su jardín en manos profanas, decide instalarse en Mytilene. Se hace «corodidascálica», es decir, lo que en su tiempo sería la directora de un colegio de señoritas. Señoritas que danzan y cantan y tejen guirnaldas. ¡Ay! Algunas de ellas van a coronar al aguerrido infante de dorados muslos protegidos por la historiada rodela... Safo sufre hasta la agonía. Otras maestras se instalan frente a ella, y aun alguna discípula predilecta le hace traición pasándose a la escuela rival, mejor impuesta en las modas de Lidia la opulenta o de la metrópoli, al otro lado del Egeo.

Safo tiene que componer versos de ocasión. Epitalamios para felices parejas. Sus coristas danzan a soldada en las fiestas y arrancan de sus liras concertados sones. «El plectro, dulcemente meneado». Pero los años pasan, Safo conoce la sesentena. Sus versos se extienden por el mundo mediterráneo, produciendo pasmos de admiración. Muchos autores los citan, y gracias a eso, algunos fragmentos llegan a la posteridad. Pero sus danzas parecen cada día más anticuadas a sus pupilos. La tradición, la vieja, sagrada costumbre, era la ley de Safo. De la otra ribera del mar llegaban músicas nuevas, y con ellas, pasos de danzas, ¡y qué estimuantes! Los muchachos asediaban a las vírgenes en fiestas con músicas que sonaban, a herejía en los endurecidos tímpanos de Safo. A un lado, la vieja, gloriosa maestra, a quien la edad no había apagado sus sagrados ardores. A otro lado, los mancebos enarbolando símbolos mágicos de creación y de placer. Las vestales de Afrodita debieron de contemplar desde sus bosquecillos de mirto y de laurel singulares horrores... Y dicen fábulas burlonas que Safo, negra, seca y sin tantos dientes como cuerdas su lira encanecida, se enamoró de Faón el brillante.

Pero Faón prefirió reflejarse en más sonrosadas mejillas, y Safo, desesperada, se arrojó al mar desde una roca, perfecto final, aunque sea apócrifo, de ópera romántica.—**Ad. S.**

DEFENSA DE LA HISPANIDAD, por Ramiro de Maeztu. Madrid.

El libro de Ramiro de Maeztu «Defensa de la Hispanidad», es una de esas obras definitivas que determinan la cumbre de una orientación mental, y abre rutas concretas y determinadas, por donde con pie seguro, el espíritu de un pueblo puede marchar sin vacilaciones, a la conquista de su ideal. Y descubrir, de esta manera, concreta y viva, el ideal de un pueblo, es asegurarle su ser, su viva y sustantiva seidad. Porque ésta, en tanto existe, en cuanto, conscientemente, tiene un ideal que cumplir.

Esta orientación mental, dirigida al descubrimiento de la Hispanidad y la determinación de sus contornos venía elaborándose, desde largos años atras, La Hispanidad, el ser español, la realidad crítica del pueblo hispano, que creó, concibió y realizó la vida con aquel sentido ecuménico que reconocía la igualdad de posible salvación para todos los hombres de la tierra, sin privilegio especial, ni superioridad alguna, para ninguna nación ni raza, y la consagración de la vida y del poder nacional a laborar, con el catolicismo, para el logro de este fin, aun sacrificando el particularismo nacional, y sin-

pensar en él más que, si acaso, como instrumento para el logro del ideal universal, es una realidad tan antigua como nuestro pueblo. Se manifiesta, en su excelsa plenitud, con los Reyes Católicos y durante los dos siglos siguientes. Pero, la naturaleza de la Hispanidad fué siempre la misma. A lo largo de toda la Edad Media, la absoluta consustancialidad del ideal nacional con el catóilco, frente a los árabes, en la vida interior, y en la vida europea revelan plenamente la existencia del fenómeno. La aparición de la Reforma y el magno acontecimiento de la aparición de América, exaltó, hasta su cenit definitivo, esta naturaleza espiritual de la Hispanidad. Una explicable debilitación física, hija del titánico esfuerzo realizado en aquellos dos siglos, trae, como consecuencia en colaboración con la preponderancia de otros pueblos sobre el nuestro un oscurecimiento de la conciencia del propio ser, dando paso a desviaciones y concesiones para los que, habiendo sido antes vencidos por las eficacias de nuestra grandeza trataban de honrar su recuerdo, tergiversando la interpretación de la obra realizada, en el andar de los siglos, por la consistencia incontrastable del ideal español; y surgió la llamada **leyenda negra**, que recorrió el mundo y tuvo legiones de corifeos dentro de los ámbitos europeos y americanos en que se había extendido la Hispanidad. Contra la **leyenda negra** comenzó a laborarse ya en las postrimerías del siglo XVIII. Fué el poderoso entendimiento de Forner, el que levantó el primer estandarte y rompió el fuego de las reivindicaciones. El atlético esfuerzo de Menéndez y Pelayo, desmanteló al alcázar de los enemigos, y Juderías lo redujo a polvo. Pero en la magna obra de Menéndez y Pelayo, se descubren ya todos los horizontes de la rehabilitación de la consciencia nacional sobre la magnificencia de su ser y de su obra.

El libro de Ramiro de Maeztu es el coronamiento mental de este proceso, descubriendo, a través de todo el esfuerzo acumulado los contornos concretos del sendero de la Hispanidad. Es un análisis profundo, minucioso y documentado del ser y la vida y la acción y el significado de la Hispanidad en el andar del tiempo y a través del espacio a que se ha extendido su acción. Estudia su razón de ser, lo comprueba con documentación copiosa y con invencible fuerza de razonamiento, y aporta, en su favor, el dato del retorno de Europa sobre sus pasos equivocados, reconociendo, en el fondo de sus fracasos, la victoriosa realidad que constituía el contenido de aquella seidad, no particularista, ni racial siquiera, sino espiritualmente ecuménica y de eterna consistencia, que constituye el fondo de la Hispanidad, Único imperio que fundó su razón de ser en la aspiración no a dominar sobre los pueblos, sino a que todos ejercitaran, sin trabas, el universal derecho a la perfección, y la legítima aspiración a la ventura.

La labor de poner de manifiesto, con diáfana claridad, este hecho, ante la conciencia de nuestro pueblo, constituye, como hemos dicho, una obra definitiva, cuyos frutos podrán tardar, más o menos en recogerse, pero al cabo serán el tónico que vigorice a nuestro pueblo, para reconquistar su vida, si es que no ha sonado, en el reloj de la historia, la hora de su desaparición.—**J. López Prudencio.**

DUQUE, por José Diez-Canseco. Ed. Ercilla. Santiago.

Al iniciar esta nota literaria conviene disociar dos puntos. El primero la novela en sí; el segundo la formación de la «Biblioteca América».

1. Esta novela parece el argumento de una cinta cinematográfica. Y bien, en el título de esa posible película tendría que estar el infaltable e incitador: «Impropio para señoritas». «Duque» es una novela de un realismo crudo, casi abyecto. El prologuista se atreve a llamarla «historica». De ser verdad la pintura de este «Corydon» criollo, es una tristísima historia, una historia patética.

El estilo de Diez-Canseco es fragmentario, nervioso, desnudo. No se detiene en morosas descripciones del paisaje. Es la historia de las almas, si alma tienen tantos viciosos como desfilan en estas páginas, la que preocupan al novelista.

Diez-Canseco tiene ingenio para inventar comparaciones insólitas, originales. Las paradojas abundan.

El prologuista, Luis Alberto Sánchez, ha sostenido en algunos de sus escritos que los pueblos «indo-americanos» tienen derecho a tener sus voces propias. Con tal práctica y con pareja teoría en pocas anualidades más se tendrá un laberinto lingüístico ininteligible...

Las impurezas del idioma en «Duque» son numerosas. No creo que con semejante «técnica» se consigan nacionalismo o latinoamericanidad. En fin, este es un punto de vista personal, por consiguiente discutible.

No sólo el léxico es personal en Diez-Canseco. La sintaxis lo es también. La gramática es una disciplina académica demasiado angosta para los jóvenes que escriben hoy. Así deben pensar, cuando tanto se burlan de sus normas sabias y severas.

2. Los países del continente colombino viven en la más arisca ignorancia. Se esquivan al trato. Fuera del lenguaje, nada los cohesiona. Existen solitarios, desamparados. No pretenden buscar las armonías orquestales de una sinfonía continental y grandiosa.

La «Biblioteca América» tiende en ademán generoso las manos amigas para coger las vibraciones dispersas y distantes.

Los hombres de buena voluntad tienen el alto deber de cooperar en esta tarea de acercamiento amistoso, literario.

El frecuente deleite de lecturas sostenidas, lecturas en que hayan quedado las «marcas azules» de la aprobación cordial y emocionada, producirá primero el perfume de las flores conocidas y en seguida dará el fruto fragante del saber sereno y profundo.—**Norberto Pinilla.**

SISTEMA CORRECCIONALISTA BELGA, por Marceliano Serrano. Madrid.

Este libro, que su autor dedica al Instituto de Estudios Penales y que prologa el ex-ministro de Justicia belga—en la actualidad delegado permanente del Gobierno de dicho país en la Sociedad de las Naciones,—tiene todo el interés que por las cosas penitenciarias o correccionalistas debe sentirse. Comisionado el señor Serrano para estudiar en Bélgina algunas cuestiones relacionadas con la corrección del delincuente, supo encontrar, en sus visitas por las instituciones belgas, todo lo que para nuestra patria significa una enseñanza. Sólo en este aspecto debemos ya sentirnos agradecidos al actual administrador de la prisión provincial de Segovia.

La obra,—que empieza con una necesaria apología a la figura de M. Jules Le Jeune—reformador radical del antiguo sistema belga que convierte los viejos correccionales en establecimientos de Beneficencia,—sigue luego con unas amenas descripciones de los procedimientos empleados, deteniéndose especialmente en la parte más sugestiva, cual es la dedicada a los menores delincuentes o anormales, a los que se les pasa por una criba de observación y a los que acompañará su ficha médicopsicológica durante toda su estancia en el establecimiento. Para la formación de esta ficha no se regatea trabajo ni tiempo. Desde su laboratorio, M. Maurice Rouvroy, al frente de las diversas secciones—la biopsicológica, psicosensorial, ortofónica, de orientación profesional, etc.,—labora constantemente por la sanidad moral y fisiológica de sus pupilos. Toda la gama interesante de la psicología experimental se usa con entusiasmo en bien del niño. Desde la aplicación del «test»—excitación o estimulación para poner en movimiento las facultades anímicas del sujeto, torpe dibujo las más de las veces,—que recogerá un testimonio de aptitud o ineptitud, hasta la simple observación de los hechos más pequeños y de su moralidad. Todo esto relatado con habilidad y avalado con curiosos ejemplos que denotan muchas veces el ingenio de estos niños, que en España caerían en el fracaso que tan bien nos pintara hace dos años Primitivo Requena.

La obra que nos presenta el señor Serrano no es sólo un trabajo en donde se contente con exponer esta serie de cuestiones, siempre dignas de tenerse en cuenta, sino que incluso—como si ya soñara con verlo implantado en España—hace una recopilación de toda clase de documentos empleados en las instituciones belgas: formato de circulares de informes, de las fichas médicopsicológicas, etc., etc. Todo lo que hace que la obra quede acabada con dignidad.

El Instituto de Estudios Penales empieza a dar sus frutos, ya que indudablemente allí—¡aquella clase del profesor Ruiz Funes!—se acentuaron en el señor Serrano sus dotes de curiosidad en este complejo manejar de la psicología experimental.

TROIS MÉDICIS (COSME L'ANCIEN, LAURENT LE MAGNIFIQUE, COSME PREMIER), por Pierre-Gauthiez. París.

Monsieur Pierre-Gauthiez es conocido por sus estudios sobre el primer Renacimiento italiano, y en la especie, por los referentes a algunos miembros de la asombrosa familia de los Médicis, Tres de esos estudios—sobre Blanca Cappello, Juan de las Bandas Negras y Lorenzaccio—aparecieron hace algunos años. Ahora reune otros estudios en el volumen que aparece en las ediciones de Historia y de Arte de la librería Plon.

El autor ha elegido tres Médicis de otros tantos periodos de la existencia de esa admirable «dinastía» de plutócratas, señores de la bolsa y de la vida de los ciudadanos florentinos. Y aun señores de señores, por esa autoridad que el oro, cuando está en manos capaces asume sobre la nobleza de sangre. Tres noblezas, en efecto, decía Schopenhauer que dominan en la sociedad: la del nacimiento, la del dinero y la del talento. A lo largo de cuatro siglos cumplidos, o sea desde mediados del XIV a la primera mitad del XVIII, los Médicis ,prestamistas, boticarios, banqueros y políticos de alto ardid, alcanzaron hegemonía que da la riqueza, «vitulum fusilem» vinculando a su apellido toda esa otra aristocracia del talento que fué una de las galas inmortales del Renacimiento florentino. Por la sucesión de las generaciones, la nobleza del nacimiento prestigió a los Médicis posteriores, los cuales se unieron a otras noblezas de acrisolada estirpe real, reuniendo en su apellido todas las excelencias.

Pero no sin que la aristocracia de sangre les promoviese ásperas querellas. Así los Pazzi, en tiempos de Lorenzo el Magnífico, Pierre-Gauthiez, al seleccionar para su libro tres figuras de Médicis, busca tres eminencias: en la ascensión de la familia, en su instante de mayor apogeo después y luego en su decadencia, cuando los Médicis, en lugar de ser políticos asombrosos que de un origen humilde se elevaron a aquel principado republicano que sostuvieron en Florencia con Cosme el Viejo, el «pater patriae», y tras de ser los príncipes del arte y de la inteligencia cons Lorenzo el Magnífico, su nieto, cayeron en la tiranía más abominable con Cosme I, hijo de Juan de las Bandas Negras, de la rama menor de los Médicis, y de María Salviati, su prima, nieta de Lorenzo el Magnífico.

Cosme I, casado con Leonor de Toledo, de la casa de Alba, y Alejandro, el hijo ilegítimo de Julián de Médicis (el hermano de Lorenzo, asesinado en la conjuración de los Pazzi), que se casó con la infanta Margarita, hija de Carlos V, están estrechamente unidos a la Historia de España, Pierre-Gauthiez, cuya pluma no es benévola para la política de los Austrias españoles en Italia, presenta de la manera más repulsiva a Cosme I, cruel sin atenuaciones, calculador, frío, papelero y trabajador hasta el máximo, rico en todas las virtudes pequeñas y en las infamias más voluminosas.

La feroz figura de ese Médicis, que escribió en las prisiones del Bergello las páginas más ominosas de las persecuciones políticas y religiosas, esbirro del César español y de la Inquisición, constituye felizmente el ensayo menos dilatado de este escritor francés. La mayor parte de su libro actual está dedicada a mostrar la espléndida figura de Lorenzo el Magnífico, el hijo de Lorenzo el Gotoso y nieto de aquel viejo Cosme, primero en llamarse «príncipe» (esto es, «primero») de entre los florentinos. El hizo célebres en su escudo las «palle», o sea las bolas mediceanas, quizá alusivas a las píldoras medicinales de sus antepasados, perdidos en la historia un siglo atrás a él. Su hijo el Gotoso, por concesión de Luis XI de Francia, aquel «Loys» de las flores de lis, gana para Florencia esos lirios que siguen figurando en su escudo.

Lorenzo el Feo y Julián el Hermoso, a quienes tantas veces pintó Ghirlandaio y Botticelli, siguen en la dinastía para dar a Florencia los momentos más admirables de su historia. Un cortejo de talentos de primer orden, de genios de la arquitectura, de la pintura, de la escultura, de las letras, de la erudición, los rodea constantemente. Dante les llega a través de sus primeros comentadores, Brunelleschi trabaja a las órdenes del viejo Cosme, Donatello también y alcanza hasta Lorenzo. Este protege paternalmente a Miguel Angel, y el nuevo Cosme todavía lo incluye entre sus artistas, como al anciano Leonardo. En sus sabrosas páginas, Pierre-Gauthiez nos muestra tal desfile a lo vivo, en el ambiente mágico, inteligente y sensual exquisitamente, de aquellas gentes de una selección espiritual suprema.—S.

DIE TECHNIK DER JUGEND DRAMEN GOETHES. EIN BEITRAG ZUR PSYCHOLOGIE DER ENTWICKLUNG DES DICHTERS, por W. Martini. Weimar.

Sobre este importante libro, escribe Robert Petsch, de Hamburgo, en el «Boletín Bibliográfico del Centro Germano-español e Instituto Iberoamericano de Berlín».

«Esta detallada investigación formalística de los dramas y esbozos dramáticos del joven Goethe produce a primera vista una impresión esquemática asaz y sobria en demasía. El autor no parece dominar los métodos más refinados de la crítica literaria moderna, sobre una base fenomenológica. Sin embargo, consigue obtener notables resultados por los medios antiguos de la investigación. El contraste que establece entre los períodos racional y sentimental en Goethe es muy sugestivo, aunque en parte exagerado, puesto que tal periodicidad obedece tan sólo a los contrastes del pensamiento goethiano y a su representación del suceso y de las figuras dramáticas. Persiguiendo este contraste, el autor obtiene por camino empírico una serie de «principios técnicos, hasta ahora desconocidos, determinantes, consciente o inconscientemente, de la forma exterior de los dramas de Goethe». En este sentido se interpretan los trabajos dramáticos del poeta desde los primeros ensayos hasta el «Egmont», resumiéndose luego los resultados de índole general y especial en forma de reglas. La investigación posterior tendrá que tener en cuenta el libro de Martini, aun cuando crea tener que contradecirle. La obra puede servir al lector culto para penetrar en los problemas de la técnica dramática en general».

PATOLOGIA POSTURAL, FISIOLOGIA PATOLOGICA Y CLINICA DE LOS COMPLEJOS ORTOGENETICOS, por R. Novoa Santos. Madrid.

Este es un estudio de conjunto de los complejos reaccionales ortogenéticos de carácter patológico. Aparte del interés puramente fisiológico que el asunto puede tener, como Novoa advierte, resulta evidente que el estudio de las alteraciones en el ajuste de las funciones circulatorias y de otros mecanismos funcionales a los cambios de posición del cuerpo colma todo un capítulo de la patología del hombre.

«Hasta no hace muchos años—escribe el sabio inolvidable—sólo se incluían en el grupo de las enfermedades ortogenéticas la albuminuria ortostática y ciertas deformaciones esqueléticas relacionadas con la posición erética; pero hoy sabemos que desarreglos funcionales de tipo ortostático se observan con frecuencia en sujetos de todas las edades (y no sólo en niños y adolescentes, como es, por lo común, el caso para la albuminuria ortóstica, independientemente de toda lesión anatómica demostrable. Mi intentó se reduce a poner de relieve el doble aspecto fisiológico y clínico del problema».

Doscientas páginas escritas con la claridad, el método riguroso y la riqueza de datos y de material clínico que caracterizan la exposición de Novoa Santos son un buen presente para los médicos españoles. Un magnífico estudio de Marañón sobre la personalidad de Novoa Santos abre el libro, «En Novoa Santos se daba con exacto equilibrio—dice en el pasaje «Desprecio a la muerte, miedo al olvido», que releerá como los demás del prólogo quien lo lea—la mezcla del hombre de ciencia y del artista. La personalidad del insigne muerto como pensador, como literato, era tan alta como la que alcanzó como médico y como investigador. Pero ambas se completaban, se influían, y en último término eran una misma cosa. Desde los comienzos de su actividad aparecen alternados en su producción los ensayos de filosofía biológica, matizados de raptos de escueta literatura, con las monografías y los libros dedicados a la patología general y a la ciencia médica, acusando esa doble vocación tan típica de las almas privilegiadas. Es más: la lectura de sus producciones extracientíficas deja adivinar que lo que dió la luz en este sentido era sólo como una espuma separada de la ancha vena lírica que brotaba de su corazón y de su gran inteligencia».

REVISTAS

Medicina y Cirugía de Occidente. Tomo II. números XIV y XV. Mayo y Junio de 1934. Guadalajara.

Revista mensual de Ciencias Médicas. Organo oficial de la Facultad de Medicina de la Universidad de Guadalajara, del Hospital Civil y de la Sociedad de Cirugía de Guadalajara.

SUMARIO: Medidas para disminuir el tiempo de hospitalización de los accidentados, por el Dr. Carlos Gutiérrez Santa Cruz; Sífilis vesical, por el Dr. Roberto Orozco y O.; Retroversiones uterinas, por el Dr. J. Velásquez Uriarte; Tuberculosis del niño de pecho, por el Dr. Salvador Romero; El shock traumático, por el Dr. Delfino Gallo; La Reacción de Takata y Ara, por el Dr. Cristino I. Sendis; Tratamiento de las fracturas expuestas en la pierna con gran contusión de las partes blandas, por el Dr. Salvador García; El dolor en el ano, por el Dr. José Ochoa Fernández.

Boletín de la Sociedad Fomento Fabril. Año 51. N.° 8, Agosto de 1934. Santiago.

SUMARIO: La carestía en Europa y los productos alimenticios en Chile. La apicultura, por V. Valdivia U.; Los impuestos, por P. L. González; Protección a la industria nacional, por A. Bartsch B.; Impuesto a la renta; Los vinos extranjeros en Estados Unidos; La Confederación de la Producción y del Comercio y la Política Económica del Gobierno; La industria de los sacos en el país; Un año de producción de los Altos Hornos de Corral; El tranque Recoleta, etc., etc.

Boletín de Estadística y Jurisprudencia. Primer trimestre 1934. Buenos Aires.

En este interesante Boletín,—cuyo envío agradecemos—se insertan aquellos hechos o antecedentes que se consideran convenientes al conocimiento y estudio del personal de los servicios de la policía de Buenos Aires.

Boletín Municipal de la República. Año IV N.° 50. Santiago.

Publicación destinada a difundir los conocimientos más útiles y más nuevos en materia de gobierno comunal.

Ecuador Dental. Año II. N.° IV. Abril-Junio 1934. Guayaquil.

Con importantes Secciones de Medicina y Cirugía, de Odontología, de Jurisprudencia y Ciencias Sociales y de Arte.

Atenea. Año XI. N.° 110. T. XXVII. Concepción.

La revista de la Universidad de Concepción, trae en su número correspondiente al mes de Agosto del presente año, el siguiente interesante Sumario: Puntos de vista; Agustín Edwards M. C.; La cuestión de la plata (II); J. Lagos Lisboa: Eter; Alejandro Vicuña: la muerte del Magnífico; Aldous Huxley: Revisando a Esopo; Jorge Gustavo Silva: El trabajo impedido y el impedimiento del trabajo; P. Sebastián Englert: El finado don José Dolores Carrasco; Eugenio Labarca: Delmira Agustini; Notas y Documentos. Señales. Asteriscos. Los Libros. Libros recibidos.

La Odontología Ecuatoriana. Año VIII. Números 30, 31 y 32. Junio de 1934. Guayaquil.

Organo de la Asociación Escuela de Odontología de la Universidad de Guayaquil. SUMARIO: Anestesia regional simplificada del nervio dentario inferior, por el Dr. Pedro Martín Serrano; Las hermorragias consecutivas a las extracciones dentarias, por el Dr, B. Marichal; Trastorno pulpar sin carie dentaria, por Antonio Vera Lago; Diferenciación y semejanza entre algunas enfermedades de la boca, por Bolívar Villacis Rosales, etc.

Anales de la Casa de Salud Valdecilla. T. V. N.° 4. Agosto 1934. Santander.

SUMARIO: La anestesia con Evipan sódico en Urología, por Enrique Pérez Castro; La calcificación de la capa media de las arterias, por L. López Arcal y A. Cimadevila Reinoso; Los tumores de Grawitz como blastomas del sistema retículo-endotelial, por Julio C. Sánchez-Lucas y Eduardo Morante; Sífilis pseudo-criptogenética, por Ceferino Aguilera.

Revista de Derecho Internacional. Año XIII. Tomo XXV. N.° 50. Junio de 1934. Habana, direc. Antonio S. de Bustamante y Sirven.

SUMARIO: La significación de la Séptima Conferencia Internacional de las Repúblicas Americanas, por L. S. Rowe; La Séptima Conferencia de las Naciones Americanas, por el Dr. James Brown Scott; El nuevo aislamiento, por Rafael H. Elizalde; Los trabajos preparatorios de la Conferencia del Desarme, por Herminio Rodríguez y von Sobotker; La conciencia jurídica de los pueblos, por el Dr. Raúl Rodríguez; La paz de Río de Janeiro, por M. I. Martínez Pereira; Situación Internacional de la República de Cuba; Bibliografía.

Revista de la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas. 3.ª serie. Tomo III. Rosario de Santa Fe. 1934. Direc. Natalio Muratti.

SUMARIO: Juan Alvarez, Inmuebles reservados (Proyecto de ley); Rafael Cielsa, El recurso jerárquico; Emilio Cardarelli, La fusión de las sociedades anónimas; Carlos E. Dieulefait, Significado y medida de la correlación; Faustino Infante, La ley 3942 de seguros sobre vida; Nicholas Murray Butler, El desarrollo del espiritu internacional; Nicolás Politis, El problema del desarme; Enrique B. Sabena, La estadística administrativa y la estadística teórica. Bibliografía.

Acción Sindical. Año XIV. N.° 3. Agosto de 1934. Montevideo.

Organo del Sindicato Médico del Uruguay. SUMARIO: Cuál debe ser la posición del Sindicato Médico frente a los problemas que se plantean alrededor de la profesión; la condenación del empresismo mutualista. El éxito de nuestro servicio de urgencia, etc.

La Revista Económica Sudamericana. 2.ª época. Año 36. N.° 7. Julio de 1934. Montevideo.

SUMARIO: Antonio Odicini Lezana: Recaudación y bases imponibles de los impuestos; Octavio Morató: El mecanismo económico de un país en la vida internacional; Sociedad de las Naciones: Organización Económica y Financiera; Información Panamericana: Política comercial internacional de los Estados Unidos; Información del Extranjero: La restauración económica de Estados Unidos; Información Nacional: La ordenanza sobre instalaciones mecánicas.

Revista de Derecho. Año II. N.° 7. Julio de 1934. Concepción.

Organo de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Concepción. SUMARIO: Alfredo Larenas: Legislación protectora de la niñez; Agustín Spotke V.: El Derecho Mercantil (conclusión). Jurisprudencia: Leyes y Decretos.

Boletín del Museo Nacional de Bellas Artes. Vol I. Año I. Julio 1934. Buenos Aires.

Algo más sobre Van Gogh y Gauguin. (A propósito de su ingreso al Museo Nacional de Bellas Artes), por Augusto Da Rocha (hijo); La vidriera de la Capilla de los Reyes Viejos de la Catedral de Toledo y el cuadro de Dominico Theotocopuli «La venida del Espíritu Santo» (Prado), por José A. Merediz, etc.

Boletín del Archivo General de la Nación. Tomo V. N.° 4. Julio-Agosto de 1934. México.

SUMARIO: Causas de Estado e Inquisición contra el Dr. D. Juan Antonio de Olavarrieta; El paseo del pendón; Indice del Ramo de Tierras. Volúmenes 633 a 449 (Continúa); Personal de la Acordada; Propiedad Artística y Literaria (Mayo de 1934).

Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana. Año 13. N.° 9. Sep. de 1934. Washington.

SUMARIO: La sanidad en Colombia, por los doctores Enrique Enciso y Alejandro Villa Alvarez; La sanidad en Chile. Mensaje presidencial al Congreso Nacional. A saúde pública no Estado de Pernambuco, por el Dr. Decio Parreiras; La patología de los campesinos haitianos, por el Dr. Camille Lhérisson; Técnica para el cultuvo de vacuna antivariolosa en huevo de gallina; Higiene de los alimentos cárneos, por el Dr. E. H. Baumann.

Archivos de la Sociedad de Cirujanos de Hospital. Año IV. N.° 2. Mayo de 1934. Santiago.

SUMARIO: Sres. A. Bravo G. y L. Panatt: Epitelioma adamantino degenerado. Resección del maxilar inferior; Dr. Héctor Rodríguez: Comentarios al caso de epitelioma adamantino desde el punto de vista anátomo-patológico; Dres. E. Peterman y G. Zamorano: Sobre un caso

de herida del corazón; Dres. A. Asenjo y C. Fernández: Quistes dermoides del cuello; Dr. Pedro García V.: Embarazo tubario roto y flebitis post-operatoria; Dr. Rafael Lavín P.: Comentarios sobre intento de aborto con permanganato de potasio; Dr. Luis Cabezón: Fístulas ano-rectales; Dr. Pablo Meyer H.: Sobre un caso de quiste hidatídico del pulmón (operado). Dr. J. L. Arraño: Fragmentos de su próximo libro «Morbus».